

EL ORDEN SOCIOPOLITICO EN LA DIALECTICA HISTORICA

LA HISTORIA, NOMBRE FATIGADO

Entre los decires que dicen poco está el de Historia, nombre fatigado —observa Ortega (1)— que al hombre actual «prácticamente no le dice nada». Resulta así problema para todo historiador la vivificación de tal nomenclatura, derrumbada por la excesiva carga de una erudición deformadora y fría. La Historia para que nos diga todo lo que debe ha de dinamizarse. Y creo que la puesta en marcha de tal concepto encuentra ayuda en la Sociología. Muy recientemente Gómez Arboleya, desde esta misma REVISTA, ha señalado lo mucho que podemos beneficiarnos del saber sobre la Sociedad al escribir: «La Sociología y el sociólogo están condicionados por la realidad histórica» (2). Pero ¿no será también que la Historia se encuentre condicionada por esa misma realidad que aportan los sociólogos? A responder a tal interrogante van dedicadas las observaciones que siguen.

Superada la visión antigua que ofrecía la Historia como inmutabilidad y petrificación, hasta caer en la sima de la positivización del materialismo, ya al menos desde Ranke se viene tratando de escribir la Historia «como si actualmente acaeciera», es decir, teniendo bien presente el movimiento que reside en la base del acontecer actual. Fué, como se sabe, Dilthey quien dió en el núcleo de la cuestión al considerar el papel del que conoce la Historia: Histo-

(1) ORTEGA: *Ideas y creencias*, Madrid, 1944, pág. 156.

(2) E. GÓMEZ ARBOLEYA: «Teoría del grupo social», en *REV. DE ESTUDIOS POLÍTICOS*, 76, pág. 25.

ricismo y Teoría del conocimiento constituyen así las puertas reales de la meditación histórica vigente.

Conjugada con el historicismo diltheyiano, la elaboración de los historiólogos cobra gran fuerza y los viejos principios consiguen brillante vitalización. La narración de los hechos ha de seleccionar cuanto suponga particulares interés y valor, y sólo aquéllo. Ha de exponer los acaeceres en relación causal y únicamente en cuanto, teleológicamente, resulten significativos (3). Causalidad y teleología conducen al planteo del tema de su acción, tal como hermosamente fué abordado por Meinecke (4). En el gran historiador, la determinación de la causalidad y de la valoración cuentan con una distinción previa. Para la causalidad importa separar lo mecánico de lo biológico y de lo espiritual, y hay que distinguir como causal lo que tiene importancia en un determinado desarrollo. Para la validez, hay que ir a la búsqueda de lo que aparezca dotado de calidad prospectiva. En despliegue hacia el futuro será, así, el signo que revele lo histórico.

Concretando y resumiendo éstos y otros elementos, ya en otra parte personalmente expuestos (5), puede decirse que los hechos que han de dar relieve al relato histórico se caracterizan por su peculiaridad y unen a su vigencia en un momento su eficacia en un desarrollo. Para fijarlos se puede tornar a los ejemplos aportados por Rickert: aquella negativa de Federico Guillermo IV a ceñir la corona imperial y aquel sastre que vestía a Federico Guillermo. Mientras el primer hecho es importante en la historia política, el segundo no tiene interés salvo que se utilice para historiar la indumentaria (6). Los conceptos generales son, por lo demás, tan sabidos, que su mención resulta impertinente. En realidad los últimos años representan una evolución tan trascendental en este punto que desde la lección inaugural de Ranke al opúsculo póstumo de Bloch el salto es gigantesco. Ranke tenía que esforzarse en fijar el parentesco

(3) Cf. BERNHEIM: *Einleitung in das Geschichtswissenschaft*, 1926; BAUER: *Einführung in das Studium der Geschichte*, 1928.

(4) MEINECKE: *Staat und Persönlichkeit*, Munich, 1933, págs. 28-53; esp. pág. 32.

(5) Cf. BENEYTO: «Primeros problemas de la Historia jurídica», en *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, 36, 1941, págs. 48-72.

(6) MEYER, cit. por RICKERT: *Ciencia natural y ciencia cultural*, Buenos Aires, 1937, pág. 110.

y la distinción entre lo histórico y lo político (7). Bloch nos dice que hay que saber historia para comprender las noticias de los diarios (8). Bien se ve que con tal declaración se rompen las visiones estereotipadas y osificadas. Pero no se explicaría lo sucedido, en esta tendencia a dinamizar la Historia sin que Dilthey andara por medio.

Ahora, sobre Dilthey, quien está detrás de la tramoya es la Sociología. A la Historia le llega por ahí, desde ese campo viejo, pero solamente en estos años cultivado en forma debida, un rayo de luz. A su reflejo la Historia se encuentra obligada a una nueva tarea: tendrá que integrar los acaeceres en cuanto obra del hombre y de los hombres, de los grupos y de la sociedad humana, producto de los usos y de la interacción, y por ahí ligados a esa entraña del pueblo de quien sólo románticamente se imaginó que podíamos conocer el espíritu. Precisamente por ese camino se ha encontrado horizonte capaz de dar fondo a la nueva boga de la Historia. Levene escribe: el fuego sagrado de la Historia conmueve al pueblo, «porque la Historia está hecha por él y para él» (9). Solamente contando con el mundo social captaremos conceptos que nos sirvan para comprender la esencia y el desarrollo de la Historia. Hay que ir hacia lo que permanece y hacia las vestiduras que lo encubren, para que estemos convencidos de que todo lo que no sea profético ha de estimarse fósil. Ver no sólo la Historia ligada a la Vida, sino la Vida como clave de la Historia.

MUNDO HISTÓRICO Y MUNDO SOCIAL

Frente a la exaltación de una técnica historiográfica que ha esterilizado el fondo cultural del quehacer histórico, importa considerar la dimensión trascendente de la Vida. Pensemos en la tarea diltheyiana y entronquemos nuestro planteo con su propia declara-

(7) RANKE: *Ueber die Verwandtschaft und die Unterschiede zwischen Historie und Politik*, en su vol. trad. por ROCES, *Pueblos y Estados*, Méjico, 1948, i. f.

(8) Marc BLOCH: *Apologie pour l'Histoire ou Metier de l'Historien*, Paris, 1949.

(9) R. LEVENE en su discurso ante el II Congreso Internacional de Historia de América, en la *Rev. de Historia de América*, Méjico, 1952.

ción: no valdría la pena de ser historiador si no fuera éste un modo de comprender el mundo (10).

El plan divino es incognoscible en cuanto puro esquema de la voluntad de Dios; ahora bien, la voluntad de Dios ha contado con los hombres, a los que ha entregado el quehacer social. Sin entrar en los designios de la Providencia y llevando su voz al plano de nuestra problemática habrá que tomar como ángulo visual el que domine aquella área sociológica desde la que pueda advertirse con plena perspectiva el horizonte del despliegue hacia el futuro (11). En esta área han de comprenderse las relaciones del individuo y la totalidad entre el hecho aislado y el conjunto de los hechos. Situado en nuestra proximidad, aquella parte del plan divino que nos atañe en nuestra específica condición humana, tenemos en cuenta la realidad social, en la que entrarán los problemas de fondo y de contenido y aquellas afortunadas concepciones de Simmel deducidas de su meditación en torno a la distinción kantiana. La realidad social se nos configurará como vida humana que adopta la configuración de usos y formas con vigencia actual. La exterioridad y la coactividad, subrayadas por Durkheim, podrán ser objeto de justa matización en la línea de Ortega, pero pesarán siempre como elementos exhortativos o invitarios, históricos e impersonales esfuerzos, realizaciones y conformaciones. Las reacciones que en cada hombre produzca el ambiente social hasta encauzar su conducta como uso válido, aunque sean objeto de la Psicología colectiva no son ajenas a la Sociología estructural ni consecuentemente a la Historia ni a la Política.

El conocimiento previo de la realidad social en la que el hombre vive y sobre la cual se desenvuelve el despliegue hacia el futuro, nos alejará de peligrosas influencias y de nefastas abstracciones, y ante todo de esa presión que las Ciencias exactas han venido ejerciendo sobre las Ciencias sociales para obligarlas a buscar una serie de determinismos equiparables a legalidades. El esfuerzo pe-

(10) Tomo el texto de la trad. cast. de E. IMAZ en *Escritos*, Méjico, 1948, volumen séptimo, pág. 136.

(11) Cf. a. s. la interesantísima aportación del P. jesuíta J. B. LOOTZ, «Zur Geschichtlichkeit des Menschen», en la revista *Scholastik*, 26, 1951, esp. pág. 335. Estima que por ese camino se va a una Sobrehistoria. Así, escribe en la pág. 337: «Die Erforschung der Geschichtlichkeit fuehrt also zu dem Ergebnis, dass sich das Geschichtliche seinem innesten Kern nach als das Werdende Uebergeschichtliche enthuellt.»

dido a la razón ha sido tan inoperante dentro de la Historia como lo fué en el campo de la Filosofía. Si la Metafísica se liquida a sí misma al exagerar el poder de aquélla, ¿no se ve también deformada la Historia al construir explicaciones racionales independientes del espacio y del tiempo? (12). Creo que para desvelar el despliegue de los acontecimientos es necesario considerar al sujeto, al objeto y al clima, al hombre, a los hechos y al ambiente.

HOMBRE E HISTORIA

La Historia es, ante todo, un producto humano. Para entender la Historia hay que empezar entendiendo al hombre (13). Siendo aquélla obra de los hombres, importa advertir lo que lleve de pensamiento elaborado —sentido y manera de la cogitación—, reacciones y actitudes. Porque el hombre actúa en la Historia como sujeto —protagonista, antagonista, agonista—, y como intérprete o explicador del drama, o como cronista que habrá de relatarlo, o como artífice de una interpretación.

El buen historiador se parece al ogro de la leyenda. Marc Bloch nos lo recordó en su estudio póstumo: «Là où il flaire la chair humaine, il sait que là est son gibier» (14). El «siento olor de carne humana» de los cuentos infantiles habrá de constituir reclamo de quien pretenda conocer y comprender el acaecimiento con valor histórico.

Dejando aparte la vasta y sugerente consideración del papel del hombre en una visión sociopolítica del despliegue hacia el futuro como elemento invariable dentro de lo variable, tal como Steffanini subrayó en el Congreso de Gallarate, el papel que los hombres como protagonistas exige mención. ¡Cuántas veces se ha considerado lo que representan en un esfuerzo histórico las condiciones personales de los hombres! Pensemos, entre tantos otros ejemplos aducibles, en el Papa San Gregorio VII. Con lucidez, con tenacidad, dotado de prendas que le singularizaban, no hubiera podido hacerse sin él la reforma a la que dió apellido. O se hubiera realizado más tarde, y, desde luego, de otro modo.

(12) J. ROURA: *El mundo históricosocial*, Méjico, 1946, pág. 26.

(13) Cf. WARYNSKI: *Die Wissenschaft von der Gesellschaft*, Berna, 1944, página 31.

(14) BLOCH: *Ob. cit.*, pág. 4.

Pero además está ahí el papel del hombre como redactor de la historia escrita. Bien claro se expresa lo que queremos subrayar con que digamos que cada tiempo tiene su visión y que en cada época se matizan e interpretan aquellos mismos hechos de acuerdo con ciertos cánones. Goethe aludió a la «cara distinta» que cada siglo pone ante lo que uno dice o hace. Y se explica que sea así porque la tarea del historiador consiste en comprender el esfuerzo para el cual son necesarias «gafas»; esas gafas de cada tiempo, de cada siglo, de cada situación personal que hacen explicable la multivocidad de la interpretación. No se pierda tampoco en este dédalo de advertencias el peso del carácter y el prisma del propio sistema filosófico. No se olvidan fácilmente aquellas interpretaciones vividas personalmente, dadas por dos grandes maestros —Díez Canseco y Perozzi— en las que la psicología personal pesaba tanto. La asepsia del hecho histórico resulta ineficaz cuando toda exposición se torna interpretación.

La interpretación ocupa un lugar tan importante en la elaboración de la Historia que bien puede afirmar que todo un vasto conjunto de suposiciones teóricas implícitas en las instituciones de una entera etapa de la Historia de Europa resulta negado en todo o en parte por el advenimiento de alguna teoría filosófica posterior. Con Santo Tomás el agustinismo y el platonismo son sustituidos por el aristotelismo; Galileo y Newton obligaron a imponer la filosofía de Descartes y de Locke, etc. (15).

¿DIALÉCTICA DEL ACAECER?

La interferencia del presente, que obliga a utilizar la realidad inmediata, y el fondo del despliegue hacia el futuro que apoya la función fabulativa sugerida por Bergson, nos lleva a buscar en el mundo histórico-social el ámbito más adecuado para nuestros problemas. Con la percepción de las fuerzas del presente, pero también con la conciencia de la transitoriedad de toda fuerza que no vaya unida al hombre. La brillante investigación de Juan Roura, que abre una nueva perspectiva a la meditación sobre Dilthey, nos hace pensar en que la oposición Naturaleza e Historia no es tan

(15) Cf. NORTHROP: *The Meeting of East and West*, Nueva York, 1946. Traducción cast., Méjico, 1948, pág. 333.

irreductible como se suele creer. Se dice en fórmula tajante: «La Naturaleza se explica, la Historia se comprende...» Pero es que para comprender la Historia hay que empezar por explicarla. Roura concluye: Hoy no puede mantenerse la irreductible incompatibilidad entre explicación y comprensión, y las ciencias sociales no pueden renunciar a la predicción de la conducta humana, aunque esta predicción, a semejanza de la meteorología, se quede muy atrás de la alta probabilidad que se alcanza en las ciencias físicas (16).

Y en esa misma corriente presenta su historia profética Arnoldo Toynbee. Tras su meditación oxoniense en torno a Tucídides, pensó que el tiempo de Tucídides era también el nuestro. En su conferencia en el Consejo de Investigaciones, en Madrid, dejó dicho: «en nuestra vida económica y en otros aspectos de nuestra vida en general, puesto que toda ella es interdependiente, no parece dudosa la existencia de regularidades, recurrencias y ritmos» (17). El hecho de que tengamos experiencia de los elementos Ley y Libertad nos sugiere su obrar conjunto. Si así fuera, la cuestión estrecharía en valorar el elemento dominante. Para Toynbee hay legalidad, uniformidad o recurrencia; sólo que les es superior la libertad (18).

Trasladado el esquema a nuestro mundo cristiano y a nuestra área estudiosa, la libertad del hombre en el despliegue hacia el futuro se ha de ver dentro de un plan providencial al que no son ajenas las regularidades y las constantes. Incluso en el campo del Derecho que da contorno a todo lo institucional se puede advertir un esfuerzo por logiquizar la Historia. El trabajo de Dulckeit, *Philosophie der Rechtsgeschichte*, ha coincidido con mi dedicación a pergeñar una dialéctica de la historia jurídica (19).

De lo que ahí resulta, hay algo menos, bastante menos de lo que se ofrecía hace medio siglo como supuestas leyes de la Historia, pero hay bastante mayor precisión. La idea de ley, dema-

(16) ROURA: *Ob. cit.*, págs. 224-225.

(17) TOYNBEE: «Ley y libertad en la Historia», publ. en la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, II, 1955, pág. 23.

(18) TOYNBEE: *L. c.*, pág. 25.

(19) Cf. Gerhard DULCKEIT: *Philosophie der Rechtsgeschichte*, Heidelberg, 1948. Mi prolucción fué dada en las clases de Historia del Derecho de la Escuela Judicial, en Madrid, en el mes de junio de 1950, y pretende recoger una dialéctica histórica del Derecho.

siado rígida tras su utilización físiconatural (aunque ya ahora se abandone en ese mismo campo una idea tan rígida e inflexible) es sustituida por la de otros elementos próximos, pero específicamente matizados. Del hecho de contar con la realidad social se deduce que en vez de leyes hayan de surgir fuerzas. Tales fuerzas influyen en ciertas ocasiones hasta llegar a dominar el desarrollo y determinar el ritmo o la tendencia del despliegue. Es también obligado que se cuente con el propio «saber sociológico». Cuando se dice que la guerra depende de las armas, se olvida que la primera vez que se utilizó la pólvora lo fué para hacer saltar las rocas del Hartz. Pero, si la guerra no depende de las armas ¡cuántas cosas dependen de la guerra! Los impuestos, por lo pronto y de modo que no quepa duda. Recordemos la alcabala castellana nacida frente al cerco de las Algeciras, o el impuesto real permanente con que Francia cuenta desde la Guerra de los Cien años. Es más: cada época tiene un tipo de guerra, relacionado con su propia estructura social. Contando con este saber han de valorarse los elementos religiosos, los geográficos, los etnográficos, la morfología política y tantas otras cosas que dan un propio estilo a cada inserción de espacio y tiempo. Tornando al ejemplo de San Gregorio VII y refiriéndonos a una conocida polémica (20), ¿podemos pensar que la Reforma gregoriana fué pura obra del poder de aquel Papa? ¿Acaso aquel hombre podía haber obrado así, sin contar con la idea del monarquismo eclesiástico? Una vez más conviene tomar nota del peso de las más aladas ideas.

HECHOS E IDEAS

Los hechos que con tanto cuidado se procuró presentar bajo la influencia de ciertas concepciones historiográficas, son elemento con el que hay que contar sin excusa posible. El cardenal Humberto ataca la simonía, pero ¿pudo haberlo hecho sin que antes se hubiese desarrollado aquel terrible mal de modo peligroso? Las medidas de los príncipes sobre materia laboral, no sólo con la reglamentación del trabajo y la obligación de servir, sino fijando la

(20) Recogemos aquí la polémica LE BRAS-FLICHE, desarrollada en la discusión sobre historia de las ideas en el curso del IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas, París, Actas.

competencia regional frente a la jurisdicción local precedente, tal como se comprueba en todo el Occidente hacia la mitad del siglo XIV ¿se hubieran tomado sin el hecho de la peste negra? Y pasando a períodos más próximos ¿no es expresivo que en 1648 haya revoluciones en Sicilia y en Nápoles, en Flandes y en Portugal, en Inglaterra y en Francia, y que precisamente dos siglos después se dé una verdadera revolución europea, testimoniada en Milán y en Venecia, en Viena y en París, en Berlín y Budapest?

Conocemos fenómenos económicosociales como el de la transformación de la nobleza campesina en nobleza urbana, y el de los agricultores en comerciantes. Los estudios de Sapori dejan ver que en las ciudades italianas se desarrolla el comercio a consecuencia de la venta de un gran número de fincas rústicas, es decir, ligándose a circunstancias documentadas y volcando su potencia económica en el círculo de los negocios. Hay así correlaciones e impulsos innegables, recurrencia y ritmos fuera de cuestión (21).

Frente a las exageraciones del idealismo crociano (22), la protagonización individual de los acontecimientos es reconocida aunque resulte desbordada. El estudio de la sublevación de los campesinos polacos en 1846 deja advertir que en el fondo se trata de la consecuencia de una intriga austríaca enderezada a evitar una revuelta de tipo nacional. Los ejemplos se acumularían con solo un cierto tesón de lectura. Lo que ocurre es que a los individuos, artífices del hecho histórico, se los puede infundir un móvil común, generalmente de naturaleza ideal y sugestiva, que los presente como proyección de una misma actitud. No es solamente el caso de que los individuos actúen movidos por una misma fuerza, sino también el de que una fuerza determinada califique a un individuo con calidad protagonista. El ejemplo de aquellas figuras políticas exaltadas al mando supremo se ha de ver de este modo: debe estudiarse la región donde surge cada una de ellas, y la significación de este surgimiento local, y encuadrarlo seguidamente en el marco nacional, más amplio, y aun en el ambiente europeo. Seguramente muchos lugares oscuros de la historia se

(21) Sobre el tema, además de SAPORI en su *rapport* al Congreso Internacional aludido, la bibliografía que recojo en mi estudio «Del feudo a la economía nacional», en el volumen *Estudios sobre la unidad económica de Europa*. Madrid, 1951, y ahora, aparte, en la edición Aguilar.

(22) Cf. PETRUZZELLIS: *Il problema della storia nell'idealismo moderno*, Florencia, 1940.

encontrarán iluminados por la consideración sociológica de estos problemas. Sabemos lo que hoy pesa la gran industria, o los intereses mercantiles, y lo que ha sido la navegación frente a la tracción terrestre, y conocemos algunos casos de figuras de primera y de segunda categoría elevadas al mando por muy concretas razones. Estas influencias no son novedad, han pesado siempre. Lo que importa es sacar la consecuencia de algunos estudios, como el del caso Ferry atendido en Francia, y proyectarla en nuestra meditación sobre la Historia y la Sociología.

Tras los hechos y los hombres, tras ese mar de fondo que es la realidad históricosocial, hay que contar con las ideas. La fuerza del Cristianismo es, sin duda, lo que ha hecho formular a Toynbee ese papel esencial que reconoce a la religión y al sentimiento religioso. La Historia entera de España, a partir de Recaredo, y preparando la Alianza del Trono y del Altar, le hubiera podido permitir las más rotundas conclusiones. Basta que advierta que el predominio de la Iglesia en la Edad Media dota de gran claridad en las ideas a un período que se calificaba como oscuro. Debe pensarse que también existieron reservas y que se encontraron subterfugios para burlar las prescripciones cuyo cumplimiento podía ser interferido por una deseable prosperidad económica o política. Pero es evidente que la ordenación unitaria Cristiandad-Imperio, si no llegó a tener vigencia en el mundo político, la consiguió sobrada en el terreno espiritual.

La Edad Media es, por eso, un magnífico laboratorio para seguir la lucha entre las ideas y los hechos, y aun mejor entre las ideas y las fuerzas económicosociales. No olvidemos que también nosotros nos encontramos influídos por una serie de elementos, entre los cuales no deja de pesar el Cartesianismo, que nos ha habituado a enfrentar espíritu y materia. ¿Por qué no meditar sobre el dato de que la inteligencia no se puede expresar sin el concurso y sin el socorro de la carne? Lagarde ha recordado a este respecto una doctrina tomista que tanto escandalizó y tanto sigue escandalizando: la que nos propone considerar al alma como «forma» del cuerpo (23).

Podrá imaginarse así que para tener expresión, la inteligencia necesita de la ayuda de las realidades sociales y económicas. La

(23) Cf. las opiniones del jesuita P. DARQUENNES y el punto de vista de LAGARDE en las Actas del citado IX Congreso de Ciencias históricas, II, 80.

materia no es la infraestructura del espíritu, sino el fruto de las comunicaciones, la representación de la vida humana, orgánica y simbiótica en su interacción (24). Y entonces se vendrá a caer en otra verdad: la de que en la Historia la capacidad de decisión de un poder en choque con unas ciertas fuerzas dependerá del fallo de algún elemento, tal como sucede en la Baja Edad Media cuando el burgués asciende, porque la Nobleza ha cedido y la clerecía ha preferido transigir. De este modo la libertad entra en el ámbito del cálculo, pero no se vincula a éste, como se ha pretendido, a la manera propia representada por π ; porque la circunferencia y el radio a que nos contraemos no están trazados en el encerado de la clase, sino en el solar de la vida donde se asientan no esquemas más o menos representativos, sino una realidad histórica plenamente calificada.

IRREVERSIBILIDAD Y RECURRENCIA

Para que la libertad del hombre entrase en el cálculo habría que suprimir su dignidad, reserva que autoriza el más elevado y perentorio margen de error. Ahora bien, un hombre instrumentalizado, último y refinado producto del intervencionismo a ultranza, permitiría un planeamiento de su conducta de tal forma que toda su historia pudiese antojarse profética. El ejemplo totalitario soviético proyecta haces de luz ante la posible explicación de los ejemplos antiguos. Extremo, pues, de esa posible reducción de la antítesis entre Naturaleza e Historia, sería a este respecto el hecho de una transformación biotípica del propio sujeto de la Historia. A la otra punta estaría la concepción de la Historia como hazaña de la libertad, y su irreversibilidad resultaría indeclinable. Mientras con hombres convertidos en agentes de su albedrío, la Historia ha de contar con la libertad, con hombres instrumentalizados puede prescindir del mayor don con que la Divinidad marcó nuestras frentes, y aun podría acercarse a una mecánica si no incluso a una matemática (25).

(24) Desartollo este inciso en mi ensayo sobre las fuerzas productoras y los poderes decisivos («La economía, la política y el hombre») inserto en la *Miscellanea in onore di Luigi Sturzo*. Roma, 1953.

(25) La exaltación de esta línea resulta así, en efecto, representada. Confróntese Alejandro DEULO, en *La matemática de la Historia*, Barcelona, 1951.

La capacidad de resistencia del sujeto de la Historia es lo que la aleja de las Ciencias físicas y naturales. No a humo de pajas, un ilustre historiador del derecho, el francés Olivier-Martin, había variado totalmente su plan de exposición de nuestra común disciplina por estimar que sólo valorando las posiciones pluralistas es posible salvar al hombre de Occidente (26).

En fin de cuentas creo que se pueden negar tanto las pretendidas leyes de la Historia como la total y apodíctica irreversibilidad del hecho histórico. Si pensamos en lo que pesan la norma y la conducta, y recogiendo afirmaciones que he desarrollado ante mis alumnos de la Escuela Judicial, podríamos concluir que en cuanto a la conducta de los hombres, si ésta no es determinable por definición, puede ser, sin embargo, encauzada y dirigida. Los hombres acuden, de otra parte, a vocaciones propuestas por poderes externos. Aquella ciudad medieval que hacía al hombre libre («*Stadtluft mach frei*») no es uno de los menores ejemplos. Y en cuanto se refiere a la norma, los sistemas juridicopolíticos en que se expresa la conciencia y se proyecta el pensamiento, tipifican principios cuya localización es determinada por su adscripción al avatar histórico. Pueden columbrarse así correlaciones y desarrollos, recurrencias y euritmias. Esa misma meditación nos conduce a formulaciones de tipo eidético y aporético. Troeltsch reconocía propiamente sólo una forma de desenvolvimiento histórico: aquel que consigue dominar una idea. La idea actuaría como valor cultural o complejo de valores culturales, y se reflejaría en esta reacción de lo estatal y lo social que exageró el siglo XIX (27). La Historia y sobre todo la Historia del Estado y de la Política, se nos dibujará como una proyección de la Sociedad. No es, sin embargo, según me parece, que tras la reducción de la Política a Sociología pretendamos asentar en la Sociología la Historia, sino que subrayemos e insistamos en la vinculación, la coordinación o el condicionamiento de ambos saberes, ya que también la Sociología se beneficia al nutrirse de las experiencias que la Historia ha venido desplegando.

JUAN BENEYTO

(26) Cf. OLIVIER-MARTÍN: *Histoire du droit française*, París, 1948, página IX.

(27) Sobre todo ello, HINTZE: *Zur Theorie der Geschichte*, Leipzig, 1942. La discusión LAMPRECHT, págs. 12-19. La referencia a TROELTSCH en la pág. 40.